

## Hebreos 2:10-18

Sermón Hebreos 2:10-18 Navidad I, 2015 en Año Nuevo 14, (11), 12

*“Convenía a aquel por cuya causa existen todas las cosas y por quien todas las cosas subsisten que, habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionara por medio de las aflicciones al autor de la salvación de ellos, porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: «Anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación te alabaré». Y otra vez dice: «Yo confiaré en él». Y de nuevo: «Aquí estoy yo con los hijos que Dios me dio». Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. Ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.” (Hebreos 2:10–18)*

El Evangelio de Juan comienza: *“En el principio era el Verbo, el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho.”* (Juan 1:1–3). Después el versículo 14 nos declara de ese Verbo que era Dios y era con Dios, que *“el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre”* (Juan 1:14). El gran hecho que estos pasajes declaran es lo que celebramos en la Navidad, la encarnación del Hijo de Dios, el eterno Hijo que es Dios junto con el Padre tomando la carne humana, haciéndose un verdadero ser humano igual como nosotros. ¿Pero por qué fue tan importante que esto ocurriera? Meditemos en el tema **Vino nuestro Redentor, para morir.**

Nuestro texto comienza revelándonos el amor de Dios Padre, quien planeó nuestra salvación por medio de Jesucristo. De él dice: *“Convenía a aquel por cuya causa existen todas las cosas*

*y por quien todas las cosas subsisten que, habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionara por medio de las aflicciones al autor de la salvación de ellos*”. “Aquel por cuya causa existen todas las cosas y por quien todas las cosas subsisten”, como el versículo anterior indica, es Dios Padre. Él es el eterno Creador del mundo entero y de cada uno de nosotros. Pero en el mismo principio el hombre se rebeló y se hizo sujeto a la muerte y la condenación en el infierno. Si Dios había hecho la humanidad para alabarlo y estar en comunión con él, pareciera que ese propósito fue frustrado para siempre.

Pero Dios no abandonó su deseo y propósito de tener hijos entre la humanidad perdida. Así que puso en efecto su plan “para llevar muchos hijos a la gloria”. De hecho, tan grande fue el amor de Dios por su creación rebelde que formó un plan para hacerlos hijos y llevarlos a la gloria, a la vida eterna con él en el cielo. ¿Cómo lo iba a hacer? Haría que su propio Hijo eterno naciera, tomara carne y sangre de los hombres mortales, y que llegara a la meta de salvar a la humanidad y convertir en hijos de Dios a todos los que creyeran en su Hijo Jesucristo. El autor del libro de Hebreos dice que convenía al Padre, para lograr ese gran objetivo de nuestra salvación, que “*perfeccionara por medio de las aflicciones al autor de la salvación de ellos*”. El autor, o pionero en el camino de la salvación, es Jesucristo. Él llegará a su meta precisamente en sus sufrimientos, una palabra que el autor de Hebreos siempre usa en el sentido del sufrimiento y la muerte de Jesús en la cruz. Pero para sufrir esas cosas, es necesario que sea un verdadero ser humano. Así conforme al plan de Dios Padre, Jesús nació en Belén de la Virgen María, fue acostado en un pesebre, tuvo que ser llevado a Egipto para escapar las intenciones asesinas del rey Herodes, y finalmente fue apresado, juzgado y sentenciado a la muerte como adulto. Pero esa muerte sería para nuestro beneficio; estaría actuando como nuestro sustituto y hermano.

*“Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos”*. Santificar es equivalente a consagrar, acercar a Dios, hacer completamente dedicado a Dios, y también purificar del pecado por la ofrenda de la sangre. Jesús, el Santo, el que fue perfectamente dedicado a Dios para hacer toda su voluntad, con su obediencia y sacrificio voluntario ha santificado a los hombres con quienes este hombre que a la vez es Dios comparte la misma naturaleza humana, “de uno son todos”. Un poco más adelante dice: *“Así que, por cuanto los hijos participaron de*

*carne y sangre, él también participó de lo mismo*". Y así, purificándonos con su sacrificio, nos ha reconciliado con Dios y nos ha convertido en hijos de Dios, y por tanto en sus hermanos.

Por eso nuestro texto puede decir: *"por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: «Anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación te alabaré»*. Esta cita se toma del Salmo 22. Viene inmediatamente después de la descripción gráfica del sufrimiento y la muerte de Jesús que la primera parte del salmo describió, que tuvo que clamar "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" y afirmar: "me has hundido en el polvo de la muerte". Pero después de su sufrimiento y la muerte, el Cristo resucitado exclama: "Anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación te alabaré". Puesto que es en la congregación, la iglesia, que el Jesús victorioso sobre el pecado y la muerte anuncia el nombre de Dios y conduce a la congregación en la alabanza a Dios, éstos que Jesús no se avergüenza de llamar sus hermanos son aquellos que han sido redimidos por él, por cuyos pecados él pagó, y que ahora han puesto su confianza en él. Jesús nos llama sus hermanos. Nos presenta a su Padre celestial como sus hijos: *"«Aquí estoy yo con los hijos que Dios me dio»*." Y porque estamos aceptados como tales hijos de Dios debido a lo que Cristo hizo, Dios puede llevarnos a la meta de la gloria celestial.

¿Qué hizo nuestro hermano mayor por nosotros? *"Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo"*. Allí se menciona uno de nuestros grandes enemigos que nos tenían abatidos, el diablo. Es él que engañó a Adán y Eva, nuestros primeros padres, trayendo sobre nosotros la maldición de la muerte. Ése es el castigo que cada uno de nosotros merecimos por nuestros pecados. El diablo reina por medio de la muerte, y todos nosotros estuvimos sujetos a la muerte. Por eso aquí se describe al diablo como aquel que tenía el imperio de la muerte. Pero ahora Satanás y la muerte quedan vencidos para nosotros. ¿Cómo? Porque Dios mismo que nació en Belén como nuestro hermano ha vencido la muerte, muriendo él mismo. Lo hizo en sustitución por nosotros que lo habíamos merecido, pagando el precio completo, su propia sangre derramada en sacrificio por nuestros pecados.

*“Y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre”*. El resultado de este sacrificio de Jesús es que nosotros estamos librados de la esclavitud en que el temor de la muerte nos tenía. Todo lo que podíamos esperar era la muerte. Y no teníamos cómo librarnos de esto. Pero vino Dios mismo en carne para morir por nosotros y así librar a nosotros del poder y el temor de la muerte. Ahora Jesús, nuestro hermano que murió por nosotros, nos declara: *“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente”* (Jn 11:25,26). Pablo también declara que, como resultado de la victoria de Jesús sobre la muerte por medio de su muerte, y su resurrección, *“el postrer enemigo que será destruido es la muerte”* (1 Cor. 15:26). Su propia vida, con nuestra carne y sangre ahora glorificada, después de la muerte nos da la firme esperanza que quebranta el temor de la muerte que nos tenía esclavizados, la promesa de la vida que durará por toda la eternidad.

*“Ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo”*. Los ángeles cantaron en la Navidad: *“Gloria a Dios en las alturas, buena voluntad para los hombres”*. No son ellos los que reciben el beneficio de este gran milagro del nacimiento, el sufrimiento y la muerte de Jesús, sino *“la simiente de Abraham”*, pero como Pablo dice en Gálatas, esa simiente de Abraham a quien Jesús vino para ayudar son los que creen en Cristo. *“Sabed, por tanto, que los que tienen fe, estos son hijos de Abraham”* (Gál 3:7). Para nosotros es un fiel Sumo Sacerdote, lleno de misericordia, que voluntariamente ofreció su propia vida en sacrificio para expiar, pagar y cancelar todos nuestros pecados.

Pero noten, fue un verdadero ser humano, exactamente como nosotros, pero sin pecado. Y como tal realmente enfrentó las más severas tentaciones. Sabe lo que es ser probado y tentado, por experiencia propia. Sólo que, como el único que nunca cedió a la tentación, puede cubrir las veces que nosotros hemos sido vencidos con su sangre y justicia, y también darnos poder para resistir cuando nosotros seamos probados. *“Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados”*.

Un niño, nacido como nosotros, nuestro hermano; un fiel sumo sacerdote, que con su propia muerte expió nuestros pecados; uno que puede ayudarnos en toda prueba y tentación. Eso es lo que tenemos en el niño que nació en Belén. Verdaderamente tenemos razón para regocijarnos y estar agradecidos no sólo en la Navidad, sino en toda nuestra vida. Amén.